

EL SUEÑO DE LA CIUDAD PERDIDA

JOSÉ MARÍA LATORRE





Dirección editorial: Elsa Aguiar
Coordinación editorial: Berta Márquez
Diseño de la colección: Estudio SM

© José María Latorre, 2007
© Ediciones SM, 2007
Impresores, 15
Urbanización Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
www.grupo-sm.com

CENTRO DE ATENCIÓN AL CLIENTE
Tel.: 902 12 13 23
Fax: 902 24 12 22
e-mail: clientes@grupo-sm.com

ISBN: 978-84-675-2030-9
Depósito legal: M.
Preimpresión: M.T. Color & Diseño
Impreso en España / *Printed in Spain*
Gohegraf Industrias Gráficas, SL - 28977 Casarrubuelos (Madrid)

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la Ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de su propiedad intelectual. La infracción de los derechos de difusión de la obra puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos vela por el respeto de los citados derechos.

1

LA CIUDAD DE LOS INMORTALES

Mi padre creía en la existencia de una fabulosa ciudad a la que las leyendas dan el nombre de Corilcone y que, según ellas, se encuentra en algún lugar de la selva amazónica brasileña. Ese nombre y esa creencia me acompañaron como una sombra durante buena parte de mi infancia y mi adolescencia, antes y después de que mi padre, movido por su espíritu aventurero, nos dejara a mi madre y a mí para emprender por su cuenta la búsqueda de Corilcone, que se había convertido en su particular Eldorado. Y aunque, siempre según antiguos escritos, en esa ciudad mítica había tesoros suficientes para fundar un imperio, supe desde el primer momento que el objetivo perseguido por mi progenitor no era conseguir las piedras preciosas y el oro, sino hacer frente al reto de encontrar ese lugar legendario, cuyos habitantes, se decía, habían llegado a vivir más de dos siglos; eso explica que en algunas tribus del Amazonas la llamaran «la ciudad de los inmortales». Poco después de su marcha, también me enteré de que yo había sido el responsable de que mi madre no le hubiera acompañado como en anteriores viajes: mis ocho años

de edad les impedían llevarme con ellos a vivir y no quisieron dejarme al cuidado de un tutor, ni internarme en un colegio.

Todavía conservo, tan vivos como si fueran de ayer a pesar de que desde entonces han transcurrido trece años, y con ellos tantas cosas, los recuerdos de los primeros meses que siguieron a la marcha de mi padre, quien nos había prometido describirnos a su regreso un mundo de prodigios. Al principio hizo numerosas llamadas telefónicas que mamá atendía sonriente, pero a las pocas semanas comenzaron a escasear y fueron sustituidas por unas cartas cada vez más breves y espaciadas, escritas con letra apresurada, casi ilegible, en las que explicaba los avances de sus investigaciones sobre Corilcone y los preparativos para su expedición a la selva; hasta que dejamos de recibir sus noticias. Luego no hubo más que un profundo silencio prolongado durante meses y años que las pesquisas de mi madre no lograron romper, el cual instaló en nuestra casa una atmósfera triste, luctuosa, como yo no había conocido.

No sé si sería a causa del amor que mi madre sentía por mi padre, pero no recuerdo haberle oído ni un reproche dirigido a él durante todo ese tiempo, y sí, a menudo, la convicción de que papá había encontrado esa ciudad buscada.

—Es seguro que ha dado con ella —solía comentar algunas noches, con la mirada vidriosa—. Si no tenemos noticias tuyas, es porque algo poderoso se lo ha impedido.

—¿Quieres decir que papá está muerto? —le pregunté la primera vez que lo dijo.

Las lágrimas fluyeron de sus ojos y resbalaron por sus mejillas mientras contestaba:

—No lo sé, Mario, pero si viviera, nos habría telefonado o escrito... Ese silencio suyo no es normal.

Cuando mi madre murió, cinco años después de la marcha de mi padre, yo estaba convencido de que había sido a causa del dolor, consumida por la pena. Su corazón le falló sin que padeciera ninguna enfermedad cardíaca. Aún no había cumplido cuarenta años, pero se hallaba envejecida; tenía pronunciadas ojeras, su rostro era blanquecino, apenas hablaba con nadie y escuchaba con frecuencia el *Tristán e Isolda* de Wagner, cuyo acto final repetía una y otra vez en el equipo de música con la mirada perdida en algún lugar que solo ella parecía capaz de ver más allá de la ventana. Al encontrarla sin vida en la cama, una mañana de invierno, en el momento en que me disponía a ir al colegio, vi a los pies del lecho, encima de la alfombra, la última carta que habíamos recibido de mi padre, e intuí que al morir había tenido esa hoja de papel en las manos. Su muerte me produjo un dolor indescriptible e incrementó mi sentimiento de culpa por haberle impedido acompañar a mi progenitor. Ese sentimiento me acompañó como un invisible hermano gemelo durante el tiempo que estuve viviendo con mis abuelos hasta que, cumplida mi mayoría de edad, regresé a la casa paterna para instalarme en ella, solo.

Puedo decir que, aparte de esa casa y del poco dinero que restaba en la cuenta del banco –la expedición de mi padre había sido demasiado costosa y nuestra economía familiar se tambaleaba; si pudimos salir adelante, fue gracias a mis abuelos–, los únicos legados que recibí fueron una aguda conciencia de mi soledad, el sentimiento de la ausencia, el peso de la culpabilidad que se resistía a abandonarme, los libros de la biblioteca, las fotografías tomadas por mis padres en sus viajes y las cartas brasileñas de mi progenitor, que mamá guardaba celosamente junto con aquellas en un bello álbum de piel adquirido en Floren-

cia. Lo que no recibí en herencia fue su amor por los viajes, y, sin embargo, desde mi regreso a la vieja casa, situada en el centro histórico de Roma, cerca del Panteón, apenas tuve otro pensamiento que no fuera el de emprender la búsqueda del desaparecido. Es cierto que me sentía atraído por la posible existencia de aquella ciudad mítica –a la que imaginaba oculta tras la vegetación, como en un sueño de los grandes escritores de aventuras cuya obra había leído–, quizá también a causa de mi modesta afición a la magia y al ocultismo, pero a la vez me inspiraba repulsión por lo sucedido; era un lugar al que odiaba y quería por igual, si bien pesaba más en mí la idea de poder hallar a mi padre vivo, sin hacerme demasiadas preguntas sobre las razones de su prolongado silencio.

La posibilidad de efectuar el viaje a la Amazonia se hizo cada día más viva, y dediqué mucho tiempo a pensar en él y a prepararlo, en contra de la opinión de mis abuelos, quienes no veían con buenos ojos que su único nieto siguiera los pasos de su –también único– hijo. Durante varios meses estuve buscando por las bibliotecas y en librerías de viejo volúmenes en los que se hablara de la ciudad perdida de Corilcone y, con la ayuda de los mapas y de las cartas de mi padre, reconstruí pacientemente el itinerario que este había seguido en Brasil desde su llegada a Río de Janeiro. Asimismo, hice una lista con los nombres de las personas a las que había conocido en ese lugar y que le habían ayudado a preparar su expedición, de las cuales nos había hablado en alguna de sus cartas.

Sentado a la mesa del que fuera su despacho, durante mucho tiempo pasé las noches entre libros, documentos, cartas y apuntes, desatendiendo a mis amigos y amigas, hasta que comprendí que mi siguiente paso no podía ser otro que emprender el viaje. Teniendo en cuenta que una

expedición a la selva, formada necesariamente por un grupo de personas bien equipadas, podía llevarme varias semanas, necesitaba disponer de una cantidad importante de dinero. En mi caso, la única forma de obtenerlo era vender la casa familiar y no pensar en la situación que encontraría a mi regreso a Roma, si es que regresaba algún día, solo y posiblemente sin dinero. Yo no tenía espíritu aventurero, como he reconocido, pero sentía que era una deuda contraída con mi padre, perdido en la Amazonia, y con mi madre, frustrada por no haber podido acompañarlo en su último viaje.

Al término de una noche de insomnio tomé la decisión de venderla, pero no quise decir nada a mis abuelos hasta que la operación estuvo firmada, pues sabía que harían cuanto les fuera posible por impedirlo. Entonces les telefoneé para comentarles lo que había hecho y que en dos o tres días trasladaría a su casa los libros de nuestra biblioteca. Su reacción fue la previsible: intentaron disuadirme, argumentando que iba a cometer una locura y que con la venta de la casa perdería mi patrimonio, lo cual me dejaría sin recursos para el futuro, mas no podía echarme atrás porque estaba firmemente decidido a emprender el viaje.

–Creo que, a pesar de todo, se nota que tengo genes de los Orsini –le dije a mi abuelo, intentando restar importancia al tema.

–No lo dirás por mí, nunca he salido de Italia –repuso, enfadado.

–Lo que sucede es que has vivido siempre con el síndrome genovés –añadí, risueño; mi familia paterna provenía de Génova–. Y, por si hace falta que te lo explique, eso significa que los genoveses consideráis que vuestros antepasados ya viajaron lo suficiente por vosotros, y os habéis hecho sedentarios.

No tuvieron más remedio que aceptar, si bien era evidente que lo hacían a disgusto. Además, para entonces, el piso ya había dejado de ser mío. Una de las cláusulas del documento de compraventa exigía que estuviera desalojado el primer día del mes siguiente. Eso me concedía un plazo de dos semanas para poder dismantelar con cierta tranquilidad la biblioteca y poner en orden mis asuntos personales antes de subir al avión que debería llevarme al primer destino de mi viaje: Río. Así lo hice; una vez empaquetados los libros, contraté a un transportista para trasladarlos a la casa de mis abuelos en el Trastevere, y reuní en un par de maletas lo que deseaba conservar: algunas pertenencias de mi madre y, por supuesto, el álbum de piel con las cartas y las fotografías, que llevé también allí.

La víspera del viaje me quedé dormido mientras releía algunas de esas cartas de mi padre, igual que había hecho mi madre en la última noche de su vida, como si confiara en extraer de ellas algo que me hubiera pasado inadvertido. Cuando desperté, sobresaltado por el timbre del teléfono, el reloj marcaba las seis y media de la mañana. El que llamaba era mi abuelo, lo cual me extrañó porque el día anterior yo había estado en su casa para despedirme. Tras excusarse por llamar a una hora tan temprana, me pidió que le esperara antes de salir hacia el aeropuerto porque deseaba entregarme una cosa.

–¿Por qué no me la diste ayer? –le pregunté.

–No quería que lo viera tu abuela. Habría preguntado, es muy curiosa, ya la conoces... Voy a aprovechar que salgo a correr por el Lungotevere, como todas las mañanas, para acercarme a tu casa. Espera, en seguida estaré allí.

–¿Es tan secreto?

–Prefiero que no haga preguntas, no quiero remover su dolor.

El misterio con que rodeaba sus palabras me dejó desconcertado, mas no quise insistir porque sabía que no diría nada por teléfono y, dado que el avión no salía hasta las nueve y diez, disponía de tiempo para atenderle. Tal como había anunciado, no tardó en llegar, y lo hizo cuando yo había cerrado mis bolsas de viaje. Llamó al timbre del portero automático, instándome a que bajara, cosa que hice cargado ya con el equipaje.

–¿Por qué no has querido subir? –quise saber.

–No podía, Mario, no podía, sabiendo que nunca más volveré a ver esa casa tan llena de recuerdos –repuso.

Parecía muy afectado por mi viaje, más todavía que cuando fui a despedirme el día anterior. Iba vestido con el chándal azul que solía utilizar para correr y, aunque aparentaba menos edad de la que tenía, en ese momento daba la impresión de ser bastante más viejo. Abrió la cremallera del chándal, extrajo un sobre cerrado y me lo tendió.

–¿No se te habrá ocurrido darme dinero? Tengo suficiente después de... –titubeé– después de la venta de la casa.

–No, no se trata de eso. Ábrelo cuando estés en el avión; dentro hay algo que seguro te interesará.

Durante unos segundos mantuve el sobre en las manos, hasta que, asintiendo con la cabeza, lo hice desaparecer en uno de los bolsillos de mi chaqueta.

–Eso es todo. Recuerda que prometiste telefonar o escribirnos, aunque solo sea para dar señales de vida –dijo con tono emocionado.

–Descuida, Carlo –siempre lo llamaba por su nombre porque sabía que eso le agradaba–. No lo olvidaré.

Había empezado a llover y ninguno de los dos llevábamos paraguas, pero me acompañó en silencio hasta la parada de taxis de *via* del Corso, mirando de vez en cuando los edificios.